la popularidad que él tambien solo recogia de las desconfianzas del populacho, llegó á declarar á su vez. Su palabra fue vacilante y embarazada; sin embargo, aunque declaró que tenia quejas contra la reina, le tributó esta declaracion:

—«He oido á los consejeros de la corte decir á la acusada que el pueblo de París iba á llegar á matarla y que era preciso que partiese. A lo cual contestó ella con entereza.—«Si vienen á asesinarme los parisienses, me encontrarán á los piés de mi marido, pero no huiré.»

La acusada: Esto es exacto; se queria empeñarme á partir, porque se decia, que solo yo corria peligro.

El presidente á Estaing: ¿Habeis tenido conocimiento del banquete dado por los guardias de corps?

R. Sí.

P. Habeis oido gritar en él ¡*Viva el rey*! ¡*viva la familia real*!

R. Sí, y aun vi que la acusada dió una vuelta por la mesa llevando á su hijo de la mano.

Sylvain Bailly, otro ídolo del pueblo, á la sazon prometido á la muerte, habla como hombre honrado que no teme el cadalso. Dice claramente lo que saben muchos jueces que «los hechos contenidos en el acta de acusacion son absolutamente falsos.»

El ex-conde de Latour du Pin, antiguo ministro de la guerra de 1789, saluda respetuosamente á la acusada, y declara que es inocente de las matanzas de Nancy.

Juan Francisco Mathey, portero de la torre del Temple, ha oido al niño Capeto decir, que cuando marcharon á Varennes se le vistió de niña, diciéndole: «Ven á *Montmedy*.»

Tambien la acusacion tenia sus testigos, dispuestos á mentir para auxiliarla. *Reina Mallot*, antigua criada de Versalles, afirma haber sabido por diversas personas, que la acusada habia concebido el designio de asesinar al duque de Orleans; mas habiéndolo sabido el rey, mandó que se le registrara inmediatamente; que á consecuencia de esta operacion se la encontraron dos pistolas. Entonces se la hizo permanecer durante quince dias en su aposento. Segun la testigo, Mad. Coigny, le dijo con motivo delas pretendidas remesas de dinero hechas por la reina á su hermano para la guerra contra los turcos.—«Nos cuesta ya mas de 200.000,000 y aun no hemos concluido.»

Los jacobinos del auditorio acogieron con un murmullo de aprobacion estas estúpidas invenciones, á las cuales la reina no opuso mas que la denegacion mas concisa.

Un demagogo subalterno, reverso ridículo de Marat, *Labenette*, vino á su vez á solicitar los favores del auditorio, refiriendo sin reirse, que la austriaca intentó por tres veces hacerle asesinar, á él, á un Labenette.

En fin, preséntase *Hebert*. Este es el que debe dar el golpe de gracia, tomando á su cargo las torpezas finales de la acusacion. Despues de haber descrito los signos contra-revolucionarios hallados en los efectos de la reina en el Temple, entre otros, un corazon inflamado traspasado con una flecha, hace conocer á los jurados las declaraciones arrancadas á Luis Capeto, sabido es por qué espantosos medios. El niño ha dicho que Lafayette habia contribuido á la fuga de la familia real á Varennes; que en el Temple no habian cesado los presos de comunicarse con lo esterior.

Arrostremos el horror que inspira con justo título, el final de la declaracion de este miserable, si bien paliando la crudeza de sus palabras.

«Finalmente, que el jóven Capeto, cuya constitucion física se debilitaba diariamente, fue sorprendido por Simon en actos indecentes y funestos á su temperamento; que habiéndole preguntado este quién se los habia enseñado, respondió que la reina y su tia. De la declaracion que ha dado en presencia del alcalde y del procurador Hebert, resulta que estas dos mujeres cometian con él actos ilícitos y de libertinaje.

. . . . . .

Hay motivo para creer que estos criminales recreos eran dictados mas bien con la esperanza política de enervar el físico del niño, que se consideraba entonces como destinado á ocupar un trono, y sobre el cual se queria por estos medios asegurarse entonces el derecho de reinar sobre su moral. Que finalmente, desde que este niño no está ya con su madre, ha recobrado el vigor de su temperamento.»

Mientras hablaba el infame Hebert, las facciones de la reina permanecieron impasibles, solamente al fin se encendió su mirada, sus ojos altivos, su boca tan altanera indicaron vagamente una sonrisa de desprecio é indignacion.

Tenia que contestar y contestó:—«No tengo conocimiento alguno de los hechos de que habla el ciudadano Hebert. Solamente sé que el corazon entusiasta que tiene mi hijo, se lo ha formado mi hermana.»

El santo pudor de la mujer ha dejado pasar en silencio la torpeza del cínico Hebert. Pero un jurado insiste en ella.

—«Ciudadano presidente, dice este hombre, os invito á que hagais observar á la acusada que no ha contestado al hecho de que habla el ciudadano Hebert, respecto á lo que ha pasado entre ella y su hijo.»

Entonces vence la indignacion, y María Antonieta, levantando la cabeza con una mirada de magestuoso desprecio:

—«Si no he contestado, dice, es porque la naturaleza se niega á contestar á semejante pregunta hecha á una madre.»

Y volviéndose en seguida hácia el pueblo de las tribunas:

—«APELO DE ELLO A TODAS LAS MADRES QUE AQUI SE ENCUENTRAN.»

Y las habia sin duda, porque estas sublimes palabras hicieron correr por la multitud un estremecimiento de horror y de compasion.

Ahora ya se puede degollar á la reina; porque ya no habrá condenacion. Ya es evidente á todo el mundo que no hay allí ni acusadores, ni jueces, ni jurados, sino solo verdugos. Y los siglos no vieron

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación